

STEPHEN CHBOSKY

AMIGO IMAGINARIO

Hace cincuenta años...

No dejes la calle. eLLos no pueden atraptarte si no dejas la calle.

El pequeño David Olson sabía que estaba en problemas. En cuanto su madre volviera con papá, le iba a ir mal. Su única esperanza eran las almohadas bajo su cobija, que daban la impresión de que seguía acostado. Era algo que hacían en los programas de televisión. Pero en ese momento no importaba. Había salido a hurtadillas de su habitación y se había lastimado el pie al resbalarse mientras bajaba por la enredadera. Pero no fue tan grave. No como lo que se hizo su hermano mayor jugando fútbol. No era tan grave.

El pequeño David Olson cojeaba por la calle Hays, con el rocío en su cara y la niebla a los pies de la colina. Miró la luna. Estaba llena. Era la segunda noche seguida que estaba llena. Era una luna azul. Eso le había dicho su hermano mayor. Como esa canción con la que mamá y papá bailaban a veces. Antes, cuando eran felices. Antes, cuando no le tenían miedo a David.

Blue Moon.

I saw you standing alone.

El pequeño David Olson escuchó algo entre los arbustos. Por un instante, pensó que podría ser otro de esos sueños. Pero no lo era. Sabía que no lo era. Se había obligado a mantenerse despierto. Pese a los dolores de cabeza. Tenía que ir ahí esa noche.

La luz de los faros de un auto que pasaba iluminó la niebla. El pequeño David Olson se escondió detrás de un buzón mientras salía música rock and roll desde el viejo Ford Mustang. Luego, las risas de unos adolescentes. Estaban reclutando a muchos chicos para el ejército y manejar ebrios era cada vez más común. O al menos eso era lo que decía su papá.

—¿David? —susurró una voz. Sisserró. Sisseó.

¿Lo dijo alguien? ¿O simplemente lo escuchó?

—¿Quién anda ahí? —preguntó David.

Silencio.

Seguro estaba en su cabeza. No era un problema. Al menos no era la mujer siseante. Al menos no estaba soñando.

¿O sí?

David observó la esquina con el enorme farol en Monterey Drive, bajo la colina. Los adolescentes se fueron por ahí y se llevaron consigo todo sonido. Fue entonces cuando vio la sombra de una persona. En medio del charco de luz que formaba el farol había una silueta. Esperando y silbando. Silbando y esperando. Una canción que sonaba un poco como

«Blue Moon».

A David se le erizaron los pelos de la nuca.

No te acerques a esa esquina.

Aléjate de esa persona.

El pequeño David Olson tomó un atajo por los jardines.

Se acercó de puntitas a una vieja cerca. *No dejes que se acerquen. Tampoco que te vean. No estás en la calle. Es peligroso.* Arriba, a través de una ventana, vio que una niñera se besaba con su novio mientras un bebé lloraba. Pero sonaba como un gato. Aún no estaba seguro de que no estuviera soñando, pero cada vez era más difícil saberlo. Pasó por debajo de la cerca y los pantalones de su pijama se embarraron de pasto mojado. Sabía que no podría ocultárselos a su mamá. Tendría que lavarlos por su cuenta. Como si de nuevo estuviera mojando la cama. Cuando lavaba las sábanas cada mañana. No podía dejar que su madre supiera. Ella haría preguntas. Preguntas que él no podía responder.

No en voz alta.

Avanzó por la pequeña arboleda detrás de la casa de los Maruca, junto a los columpios que el señor Maruca había armado con sus hijos. Tras un día de trabajo pesado, siempre había Oreos y un vaso de leche esperando. El pequeño David Olson los ayudó un par de veces. Le encantaban las Oreos. Especialmente cuando estaban algo viejas y se ponían blandas.

—¿David?

Ahora el susurro era más alto. Miró hacia atrás. No había nadie. Echó un vistazo hacia el farol más allá de las casas. La sombra ya no estaba ahí. Aquella silueta podría estar en cualquier parte. Podría estar detrás de él. *Por favor, por favor, que no sea la mujer siseante. Por favor, que no esté dormido.*

Crac.

Una ramita se quebró justo detrás de él y el pequeño David, olvidando que tenía el pie lastimado, empezó a correr. Cortó camino por el jardín de los Pruzan, directo hacia Carmell Drive, y dobló a la izquierda. Podía escuchar perros jadeando. Acercándose. Pero no había perros. Solo eran sonidos. Como en los sueños. Como el gatito llorando. Lo perseguían, así que corrió con más fuerzas, azotando el pavimento mojado con sus pequeños botines. Plas, plas, plas, como los besos de la abuela.

Cuando al fin llegó a la esquina de Monterey Drive, dio vuelta a la derecha. Corrió por en medio de la calle, como una balsa sobre el río. *No dejes la calle. Ellos no pueden atraparte si estás en la calle.* Podía escuchar los sonidos a cada lado. Pequeños siseos. Y perros jadeando. Y lamiendo. Y gatitos. Y esos susurros.

—¿David? Aléjate de la calle. Te van a lastimar. Ven al jardín, aquí es seguro.

Era la voz de la mujer siseante. Lo sabía. Su voz siempre era linda al principio. Como la de una maestra sustituta queriendo caer bien. Pero en cuanto la veías, dejaba de ser linda. Se volvía toda dientes y una boca siseante. Peor que la bruja mala. Peor que cualquier otra cosa. Con cuatro patas como un perro o un largo cuello de jirafa. Sssss.

—¿David? Tu mamá se lastimó los pies. Los tiene todos cortados. Ven a ayudarme.

Ahora la mujer siseante estaba usando la voz de su mamá. No era justo. Pero eso hacía. Incluso podía verse como ella. La primera vez funcionó. Se acercó a ella en el jardín y ahí lo atrapó. Después de eso, no durmió en dos días. Después de que se lo llevó a la casa que tenía ese sótano. Y ese horno.

—Ayuda a tu madre, pedazo de mierda.

Esta vez era la voz de su abuela. Pero no era su abuela. David podía sentir los dientes blancos de la mujer siseante. *No los mires. Mantén la vista al frente. Sigue corriendo. Llega al callejón. Puedes hacerla desaparecer para siempre. Llega hasta el último farol.*

—Ssssssssss.

David Olson miró hacia el último farol en el callejón. Y luego se detuvo.

La sombra había vuelto.

La silueta estaba en medio del chorro de luz del farol. Esperando y silbando. Silbando y esperando. Sueño o no, esto era malo. Pero David ya no podía detenerse. De él dependía todo. Si quería llegar al punto de reunión tendría que pasar junto a la persona del farol.

—Ssssssssss.

La mujer siseante estaba aún más cerca. Detrás de él. De pronto, David Olson tuvo frío y sintió su pijama húmeda, pese al abrigo. Lo único que podía hacer era seguir caminando. Ser valiente como su hermano mayor. Ser valiente como los chicos que estaban reclutando. Ser valiente y seguir caminando. Un pasito. Dos pasitos.

—¿Hola? —dijo el pequeño David Olson.

La silueta no dijo nada. La silueta no se movió. Solo inhaló y exhaló, y su respiración formaba

Nubes.

—¿Hola? ¿Quién eres? —preguntó David.

Silencio. El mundo contuvo la respiración. El pequeño David Olson metió el dedo gordo del pie en el charco de luz. La silueta se movió.

—Lo siento, pero necesito pasar. ¿Está bien?

De nuevo, silencio. David metió el pie un poco más en la luz. La silueta comenzó a darse la vuelta. David consideró volver a casa, pero tenía que terminar. Era la única forma de detenerla. Metió el pie completo a la luz. La silueta se movió de nuevo, como una estatua despertando. Luego metió toda la pierna. Otro movimiento. Finalmente, David no pudo más y entró a la luz. La figura corrió

hacia él. Gimiendo y con los brazos estirados. David cruzó el círculo. La figura seguía detrás de él. Lamiendo. Gritando. Sintió cómo sus largas uñas lo alcanzaban, y justo cuando estaba por tomarlo del cabello, él se deslizó por el pavimento como en el beisbol. Se raspó la rodilla, pero eso no importaba. Estaba fuera de la luz. La silueta dejó de moverse. David estaba al otro lado de la calle. La calle cerrada con la cabaña de madera y la pareja de recién casados.

El pequeño David Olson desvió la vista del camino. Era una noche silenciosa. Apenas algunos grillos. Un poco de niebla que iluminaba el camino hacia los árboles. Se sentía aterrado, pero no podía detenerse. Todo estaba en sus manos. Tenía que terminarlo o la mujer siseante saldría y su hermano mayor sería el primero en morir.

El pequeño David Olson abandonó la calle y avanzó.

Cruzó la cerca.

Hacia el campo.

Hasta adentrarse en el bosque de la calle Mission.

Parte I

Hoy

¿Estoy soñando?

Eso fue lo que pensó el niño cuando la vieja vagoneta Ford pasó por un tope y lo despertó de golpe. Tenía esa sensación de cuando estás muy cómodo en la cama, pero de pronto necesitas ir al baño. Entrecerró los ojos debido al sol y miró hacia la autopista de peaje de Ohio. El calor de agosto hacía que de ella emanaran vapores que se movían como las olas de la alberca a la que su mamá pudo llevarlo gracias a que estuvo saltándose el almuerzo por un tiempo.

—Perdí más de un kilo —le había dicho ella con un guiño. Ese fue uno de los días buenos.

Frotó sus ojos cansados y se incorporó en el asiento del copiloto. Le encantaba ir adelante cuando su mamá conducía. Sentía como si fuera parte de un club. Uno muy especial formado por él y esa mujer delgada y *cool*. La miró, enmarcada por el sol de la mañana. Su piel estaba pegada al asiento de vinil por el calor y, como traía una blusa *halter*, sus hombros estaban enrojecidos. De sus jeans cortados en shorts sobresalían sus piernas pálidas. Así, con el cigarro en la mano, se veía glamorosa. Como las estrellas de las películas antiguas que veían en sus viernes de películas. A él le encantaba que las colillas de los cigarros tuvieran labial rojo. Los maestros en Denver decían que los cigarros hacen daño. Cuando se lo dijo a su mamá, ella respondió en broma que los maestros hacen daño y siguió fumando.

—En realidad, los maestros son importantes, así que olvida que dije eso —se corrigió.

—De acuerdo —dijo él.

Observó cómo apagaba su cigarro y encendía otro de inmediato. Solo hacía eso cuando estaba preocupada. Y cada vez que se mudaban, se preocupaba. Quizá esta vez sería diferente. Desde que su papá murió, eso era lo que ella siempre decía. Esta vez será diferente. Pero nunca lo era.

Además, en esta ocasión estaban huyendo.

Le dio una calada a su cigarro y el humo pasó ondeando junto a las gotitas de sudor que el calor de agosto provoca en su labio superior. Mantuvo la mirada fija sobre el volante, perdida en sus pensamientos. Le tomó un rato darse cuenta de que su hijo estaba despierto, y luego sonrió.

—Qué mañana más hermosa, ¿no? —susurró.

Al niño no le interesaban las mañanas en lo más mínimo, pero a su mamá sí, por lo que a él también.

—Sí, mamá. En verdad que sí.

Ya siempre le decía mamá. Ella le pidió que dejara de decirle mami tres años atrás. Dijo que eso lo empequeñecía, y que jamás querría que su hijo fuera pequeño. A veces le pedía que le mostrara sus músculos, así que él apretaba con fuerza sus bracitos flacuchos para que sus bíceps no se vieran tan planos. Fuerte como su padre en aquella fotografía de Navidad. La única fotografía que tenía de él.

—¿Tienes hambre, amigo? —preguntó ella.

El niño asintió.

—Hay un descanso más adelante en la autopista, a la altura del límite estatal. Estoy segura de que ahí habrá un merendero.

—¿Tendrán hot cakes con chispas de chocolate?

El chico recordaba los hot cakes con chispas de chocolate de Portland. Habían pasado dos años de eso. Había un merendero bajo su departamento en la ciudad y el cocinero siempre les daba hot cakes con chispas de chocolate. Desde entonces habían estado en Denver y en Michigan, pero él nunca se olvidó de ese manjar ni del buen hombre que los preparaba. No sabía que otros hombres que no fueran su papá podían ser buenos hasta que conoció a ese.

—Si no tienen, compramos unos M&M's y se los ponemos a los hot cakes, ¿está bien?

Ahora el niño estaba preocupado. Nunca la había escuchado decir eso. Ni siquiera cuando se mudaban. Siempre se sentía culpable cuando se mudaban. Pero aun en los días en que se sentía más culpable, le decía que el chocolate no era desayuno. Le decía eso incluso cuando ella desayunaba sus licuados de chocolate de SlimFast. Y no, esos no cuentan como chocolate. Él ya se lo había preguntado.

—Está bien —dijo él, y sonrió con la esperanza de que no fuera cosa de una sola vez.

Miró hacia la autopista. Una ambulancia y una vagoneta hacían que el paso fuera más lento. Unos paramédicos vendaban con gasas la cabeza ensangrentada de un hombre. Al parecer se había cortado la frente y quizá se le hubieran caído algunos dientes. Cuando avanzaron un poco más, pudieron ver al ciervo sobre el cofre de la vagoneta. Su cornamenta seguía enterrada en el parabrisas. El animal tenía los ojos abiertos, se retorció y se sacudía como si no supiera que estaba muriendo.

—No lo veas —ordenó su mamá.

—Perdón —respondió él, desviando la mirada.

No quería que su hijo viera cosas malas. Ya había visto demasiadas en su vida. Especialmente desde que murió su papá. Así que el niño la miró a ella y observó su cabello bajo el fular. Ella le decía bandana, pero a él le gustaba pensar que era un fular, como los que usaban en las películas antiguas que veían los viernes. Observó el cabello de su madre y luego el suyo, café como el de su papá en la única foto que tenía, la de Navidad. No recordaba mucho de su padre. Ni siquiera su voz. Solo el olor a tabaco en su camisa y el olor de su crema para afeitar Noxzema. Eso era todo. Tampoco sabía mucho sobre su padre, únicamente que debió ser un gran hombre, porque así eran todos los padres. Grandes hombres.

—¿Mamá? —preguntó el niño—. ¿Estás bien?

Ella le ofreció su mejor sonrisa, pero en su rostro había miedo. Igual que ocho horas atrás cuando lo despertó en plena noche y le dijo que empacara sus cosas.

—Rápido —susurró.

El niño hizo lo que se le ordenó. Echó todo lo que tenía en su saco de dormir. Cuando bajó de puntitas a la sala, vio que Jerry dormía en el sofá. Se tallaba los ojos con los dedos, esos dedos tatuados. Por un momento, casi despertó, pero no lo hizo. Y mientras Jerry dormía, ellos se fueron al auto. En la guantera guardaron el dinero del que Jerry no sabía. Se había quedado con todo lo demás. Se fueron en el silencio de la noche. Durante la primera hora, su madre puso más atención al espejo retrovisor que hacia el camino.

—¿Mamá? ¿Nos encontrará? —preguntó el pequeño.

—No —respondió ella y encendió otro cigarro.

El niño miró a su madre. Y, bajo la luz de la mañana, al fin vio que lo rojo en su mejilla no era maquillaje. El sentimiento lo abrumó. «No puedes fallar», se dijo a sí mismo.

Esa era su promesa. Miró a su madre y pensó: *Yo te voy a proteger*. No como cuando era muy pequeño y no podía hacer nada. Ahora era más grande. Y sus brazos no siempre serían planos y flacuchos. Haría lagartijas. Crecería por ella. La protegería. Por su papá.

No puedes fallar.

Debes proteger a tu madre.

Eres el hombre de la casa.

Miró por la ventana y vio un viejo espectacular con forma trapezoidal. En el desgastado letrero se leía EN PENNSILVANIA ENCONTRARÁS A UN AMIGO. Y quizá su madre tenía razón. Quizás esta vez sería diferente. Era su tercer estado en dos años. Quizás esta vez sí saldría bien. En cualquier caso, él sabía que no podía decepcionarla.

Christopher tenía siete años y medio.

Llevaban una semana en Pensilvania cuando pasó.

La madre de Christopher dijo que había elegido el pueblito de Mill Grove porque era pequeño, seguro y tenía una excelente escuela primaria. Pero, en el fondo, Christopher pensaba que quizá lo eligió porque parecía alejado del resto del mundo. Una sola carretera de entrada y de salida. Rodeado de árboles. No conocían a nadie ahí. Y si nadie los conocía, Jerry no podría encontrarlos.

Mill Grove era un excelente escondite.

Lo único que su madre necesitaba era un trabajo. Cada mañana, Christopher la veía pintarse los labios y hacerse un buen peinado. La veía ponerse sus lentes para parecer inteligente y agobiarse por el agujero en la axila izquierda de su único saco para entrevistas. Lo que estaba roto era la tela, no la costura. Así que no había nada que hacer más que ponerle un segurito y rezar.

Después de comerse sus Froot Loops, su mamá lo llevaba a la biblioteca pública a que eligiera un libro para leer ese día mientras ella revisaba los anuncios de trabajo en el periódico. El libro del día era su «pago» por comer Froot Loops. Si leía un libro para practicar su vocabulario, podía comerlos. Si no lo hacía, le daban crema de trigo con leche (o algo peor). Por eso siempre se aseguraba de leer bien el libro.

Cuando su mamá ya tenía apuntadas algunas ofertas de trabajo prometedoras, volvían al auto y se iban a distintas entrevistas. Ella le decía a Christopher que quería que la acompañara para que tuvieran una aventura. Solamente ellos dos. Decía que el viejo Ford era un tiburón terrestre y que iban a buscar a su presa. La verdad

era que no había dinero para pagar a una niñera, pero a él eso no le importaba porque estaba con su mamá.

Y entonces se iban «de cacería» y mientras conducía, su madre le lanzaba preguntas sobre las capitales estatales, problemas de matemáticas y vocabulario.

—La primaria Mill Grove es muy linda. Tienen laboratorio de cómputo y todo. Te va a encantar el segundo año.

Sin importar dónde vivieran, la madre de Christopher cazaba buenas escuelas públicas como otras madres cazan ofertas de refrescos (que, por alguna razón, en Mill Grove llamaban gaseosas). Y esa vez, según dijo su madre, él iría a la mejor. El motel estaba cerca de un excelente distrito escolar. Prometió llevarlo todos los días para que no dijeran que era un «niño de motel» hasta que pudiera ahorrar lo suficiente para conseguir un departamento. Dijo que quería que tuviera la educación que ella no pudo tener. Y no había problema si a Christopher le costaba trabajo. Ese sería el año en que mejoraría en Matemáticas. Ese año todos sus esfuerzos darían fruto y dejaría de mezclar letras al leer. Y él sonrió y le creyó, porque ella creía en él.

Luego, como preparación para cada entrevista, su madre se tomaba un momento para estar a solas y repetía unas palabras que leyó en sus libros de autoayuda porque ella también estaba intentando creer en sí misma.

«Ellos quieren adorarte».

«Tú decides que este es tu trabajo. No ellos».

Cuando al fin se sentía segura, entraban al edificio. Christopher se sentaba en la sala de espera y leía su libro, como ella quería, pero las letras se le seguían revolviendo y su mente comenzaba a divagar y se ponía a pensar en sus antiguos amigos. Extrañaba Michigan. Si no fuera por Jerry, le hubiera encantado quedarse ahí para siempre. Los chicos eran agradables allá. Y todos eran pobres, así que nadie lo notaba. Su mejor amigo, Lenny *el Loco* Cordisco, era divertido y siempre se bajaba los pantalones frente a las monjas en catequisis. Christopher se preguntaba qué estaría haciendo Lenny Cordisco en ese momento. Probablemente recibiendo de nuevo los gritos de la hermana Jacqueline.

Al terminar cada entrevista, la madre de Christopher salía con un gesto abatido con el que reconocía que realmente contratarla era decisión de ellos. No de ella. Pero no había nada que hacer más que volver al auto e intentarlo de nuevo. Decía que el mundo podía intentar quitártelo todo una y otra vez.

Pero que, al final, tenías que entregarle tu orgullo.

Al sexto día, su madre se detuvo a mitad del pueblo frente a un parquímetro y sacó su confiable bolsa de papel. Esa que decía FUERA DE SERVICIO. Con ella cubrió el parquímetro y le dijo a Christopher que robar era malo, pero que las multas de tránsito eran peores. Ya se lo compensaría al mundo cuando se recuperara.

Por lo general, Christopher leía su libro en la sala de espera. Pero el sexto día, un alguacil y su asistente estaban comiendo en un merendero al otro lado de la calle. La mamá de Christopher les preguntó desde su lado de la acera si se quedarían ahí un rato más. Ellos le respondieron con un saludo militar y dijeron que vigilarían a su hijo. Y así, como recompensa por su lectura, dejó a Christopher en el parqucito mientras ella iba a una residencia de ancianos a una entrevista de trabajo. A ojos de Christopher, el nombre de la residencia se leía...

Sahdy Pnies.

—Shady Pines —lo corrigió ella—. Si necesitas algo, le hablas al alguacil.

Christopher se fue a los columpios. En el asiento había una pequeña oruga. Sabía que Lenny Cordisco la habría aplastado. Pero él se sentía mal cuando la gente mataba cosas pequeñas, así que fue por una hoja y puso a la oruga bajo un árbol, donde estaría fresca y segura. Luego volvió a los columpios y comenzó a tomar vuelo. Tal vez sus músculos aún no estaban fuertes, pero vaya que podía saltar.

Mientras se mecía, miró las nubes. Había docenas. Todas tenían formas distintas. Una parecía un oso. Y otra un perro. Vio formas de aves y árboles. Pero había una nube más hermosa que todas las demás.

La que parecía un rostro.

Ni de hombre ni de mujer, simplemente un rostro bello y atractivo hecho de nubes.

Y le estaba sonriendo a él.

Soltó el columpió y saltó.

Christopher imaginó que caía en la franja de advertencia. El ganador. Dos *outs*. Una atrapada increíble. ¡Ganan los Tigres! Pero ahora estaba cerca de Pittsburgh, Pensilvania, y era hora de cambiar de equipo para caerles bien a los niños. ¡Vamos, Piratas!

Tras diez minutos de columpiarse, su madre salió. Pero esta vez no tenía el gesto abatido. Solo una enorme sonrisa.

—¿Conseguiste el trabajo? —le preguntó.

—Hoy cenaremos comida china.

Tras agradecerle al alguacil por su ayuda y recibir una advertencia por su bolsa de FUERA DE SERVICIO, madre e hijo subieron a su viejo Ford, para ir a la noche de películas. El viernes era su noche. Christopher no se la perdería por nada. Y aquella sería una de las mejores en mucho tiempo. Sin Jerry. Solo su club especial de dos miembros, comida chatarra y películas viejas de la biblioteca.

Fueron al 7-Eleven para probar suerte con los números de cada viernes. Tras comprar unas cervezas, volvieron a la biblioteca para que Christopher sacara sus dos libros de práctica para el fin de semana y un par de videos para esa noche. ¿Por qué la gente paga por cosas que son gratis? Fueron a China Gate como sugirió el alguacil, pues los policías saben de comida más que nadie, y aunque la madre de Christopher ahogó un grito al ver los precios, hizo su mejor esfuerzo por ocultar esa expresión ante su hijo. Luego sonrió. Dijo que aún tenía un poco en la tarjeta Visa, de la que Jerry no sabía nada, y que en una semana recibiría su pago. Y mientras iban de vuelta al motel, con el olor de los rollos primavera, el pollo a la naranja y el *lo mein* favorito de Christopher («¡El espagueti chino que te gusta!», decía el menú), planearon lo que harían con el dinero de la lotería, como hacían cada viernes antes de perder.

Christopher le dijo a su madre que le compraría una casa. Incluso hizo unos planos en papel cuadriculado. En ellos dibujó una

casa con videojuegos y un cuarto de dulces para él. Una cancha de básquet y un zoológico interactivo junto a la cocina. Todo minuciosamente planeado. Pero la mejor habitación era la de su mamá. Era la más grande en toda la casa. Tenía un balcón con un trampolín que daba a su alberca privada. Y tenía el clóset más grande con la ropa más elegante y que no estaba rota de las axilas.

—¿Tú qué harías con el dinero, mamá? —le preguntó.

—Te conseguiría un tutor y todos los libros del mundo.

—Lo mío está mejor —dijo él.

Cuando llegaron a casa, el pequeño refrigerador del motel no funcionaba muy bien, de modo que su cerveza no se iba a enfriar a tiempo para el banquete. Así que, mientras ella veía la lotería en la pequeña televisión, Christopher fue a la máquina de hielos al final del pasillo e hizo aquello que aprendió en las películas viejas que veían juntos: tomó un poco de hielo y vertió sobre él la cerveza de su madre para que se enfriara.

—Toma, mamá. En las rocas.

No supo por qué ella rio con tantas ganas, pero le alegró verla tan feliz.

La madre de Christopher le dio un trago a su cerveza e hizo tales sonidos de estar disfrutándola que su hijo sonrió de oreja a oreja, orgulloso de haber tenido una brillante, aunque poco atinada, solución para el problema de la cerveza caliente. Cuando sus números de la lotería fallaron... DE NUEVO... ella rompió el boleto y puso un DVD en el viejo reproductor que consiguió en una venta de garaje en Michigan. La primera película comenzó. Era un musical antiguo que le encantaba de niña. Uno de sus pocos recuerdos buenos y ahora también de su hijo. Cuando terminaron su banquete y los Von Trapp estaban a salvo en Suiza, abrieron sus galletas de la suerte.

—¿Qué dice la tuya, mamá? —preguntó él.

—«Tendrás suerte en todo lo que toques».

«... en la cama», pensó ella, pero no lo dijo.

—¿Qué dice la tuya, amigo?

—La mía está en blanco.

Miró el papelito de su hijo. Su suerte en verdad estaba en blanco, salvo por una serie de números. Se veía tan decepcionado. Las galletas ya eran bastante malas, pero ¿no tener suerte?

—De hecho, esto es un buen augurio —dijo ella.

—¿En serio?

—No tener un futuro escrito es de muy buena suerte. Puedes hacer lo que quieras. ¿Me lo cambias?

Él lo pensó seriamente y tras un rato dijo que no.

Después de las negociaciones, era hora de la segunda película. Antes de que terminara y los buenos ganaran la guerra, Christopher ya se había dormido en el regazo de su madre. Ella se quedó ahí un buen tiempo, mirándolo dormir. Pensó en el viernes de películas cuando vieron *Drácula* y él fingió que no le dio miedo, aunque a partir de entonces y durante un mes entero no usó más que cuellos altos.

Pensó que hay un momento en el que se termina la niñez y deseó que ese momento estuviera muy lejos. Quería que su hijo fuera lo suficientemente inteligente para escapar de esta pesadilla, pero no tanto para darse cuenta de que realmente estaba dentro de una.

Levantó a su niño dormido y lo llevó al saco de dormir. Lo besó en la frente e instintivamente revisó que no tuviera fiebre. Luego se fue a la cocina. Cuando se terminó su cerveza en las rocas, se hizo otra exactamente igual. Porque se dio cuenta de que esa sería una noche que recordaría.

La noche en que dejó de huir.

Habían pasado cuatro años.

Cuatro años desde que encontró a su esposo muerto en una tina con mucha sangre y sin una nota. Cuatro años de luto y rabia y de sentir que actuaba como si no fuera ella. Pero ya era suficiente. Deja de huir. Tu hijo se merece algo mejor. Y tú también. No más deudas. No más hombres malos. Solo la paz de una vida que se ganó por luchar como se debe. Un padre que trabaja es un héroe para alguien. Aunque tenga que limpiar a ancianos en un asilo.

Se llevó su cerveza en las rocas a la escalera de incendios. Sintió la brisa fresca y deseó que no fuera demasiado tarde para poner su canción favorita de Springsteen y fingir que era una heroína.

Mientras se terminaba su bebida y el último cigarro que encendió, se sintió contenta y se quedó mirando cómo el humo desaparecía en la noche de agosto y las hermosas estrellas detrás de aquella nube enorme.

Aquella nube que parecía un rostro sonriendo.

La semana después de que su madre consiguió el trabajo fue la mejor que Christopher había tenido en mucho tiempo. Cada mañana miraba por la ventana y veía la lavandería al otro lado de la calle. Y el poste de teléfono. Y el farol junto al arbolito.

Y las nubes.

Siempre estaban ahí. Lo reconfortaban. Como el olor de los guantes de beisbol de cuero. O esa vez que su mamá hizo sopa de pasta Lipton en vez de Campbell's porque a él le gustaban más los fideos pequeños. Las nubes lo hacían sentir seguro. Compraran cosas para la escuela o ropa, borradores o artículos de papelería, las nubes siempre estaban ahí. Y su mamá estaba feliz. Y no había escuela.

Hasta el lunes.

En cuanto despertó el lunes, Christopher vio que el rostro de nube ya no estaba. No sabía adónde había ido, pero se entristeció. Porque ese era el día. El día en que de verdad necesitaba que las nubes lo reconfortaran.

El primer día de escuela.

No podía decirle la verdad a su mamá. Tan solo de pensar en lo mucho que ella trabajaba para que él pudiera asistir a aquellas escuelas buenas, se sentía culpable. Pero la verdad era que odiaba la escuela. No conocer a nadie no le molestaba, ya se había acostumbrado a eso. Lo que lo ponía nervioso era algo más. En resumen:

Era tonto.

Quizá era muy buen niño, pero era pésimo estudiante. Preferiría que su mamá le gritara por ser tonto como lo hacía la de Lenny

Cordisco, pero no era así. Aunque llevara a casa sus exámenes de Matemáticas reprobados, su mamá siempre le decía lo mismo.

—No te preocupes. Sigue intentando. Lo vas a lograr.

Pero sí se preocupaba, porque no entendía. Y sabía que nunca lo haría. Especialmente en una escuela difícil como la primaria Mill Grove.

—Oye, vamos a llegar tarde a tu primer día. Acaba tu desayuno.

Mientras Christopher se terminaba sus Froot Loops, practicó su lectura con la parte de atrás de la caja. La tira que venía ahí era de *Bad Cat*, la caricatura más graciosa de los domingos por la mañana. Hasta en su versión de caja de cereal era hilarante. Bad Cat va a una construcción y se roba el sándwich de un obrero. Se lo come completo. Y cuando lo atrapan, dice su famosa frase.

«Perdón. ¿Te lo ibas a terminar?».

Pero esa mañana Christopher estaba demasiado nervioso para reír. Así que inmediatamente buscó otras cosas con que distraerse. Sus ojos encontraron el cartón de la leche, que tenía la imagen de una chica perdida. En su sonrisa faltaban los dos dientes del centro. Su nombre era Emily Bertovich. Eso le dijo su mamá, porque para él ese nombre era...

Eimyl Bretvocih.

—Ya es tarde. Vámonos, amigo —dijo su madre.

Christopher se bebió la leche azucarada que quedaba en el tazón para darse valor y luego se subió el cierre de su chamarra roja. De camino a la escuela escuchó a su madre explicándole que «técnicamente» no «vivían» en el distrito escolar, por lo que de cierta manera «mintió» al decir que la dirección de su trabajo era la de su casa.

—Así que no le digas a nadie que vivimos en el motel, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo él.

Mientras el auto avanzaba por las colinas, Christopher observó las diferentes secciones del pueblo. Frente a los jardines de algunas casas, autos sobre ladrillos. Casas con la pintura descascarada a las que les faltaban algunas tejas. En la entrada, la camioneta con la

casa rodante para los viajes de caza. Más o menos como en Michigan. Luego llegaron a una sección más linda. Grandes casas de piedra. Jardines bien arreglados. Autos relucientes en las entradas. Tendría que agregar eso al dibujo de la casa de su mamá en el papel cuadriculado.

Miraba al cielo en busca de nubes mientras el auto avanzaba. Ya no estaban, pero sí vio algo que le gustó. Sin importar el vecindario, siempre estaba cerca. Enorme, hermoso y lleno de árboles. Tan bello y verde. Por un momento, le pareció ver que algo pasaba corriendo. Rápido como un relámpago. No estaba seguro de qué era. Quizá un ciervo.

—¿Qué es eso, mamá? —preguntó.

—El bosque de la calle Mission —respondió.

Cuando llegaron a la escuela, su madre quiso darle un gran beso frente a todos los chicos nuevos, pero él necesitaba conservar su dignidad, así que en su lugar le dio una bolsa de papel y cincuenta centavos para su leche.

—Espérame cuando salgas. No hables con extraños. Si me necesitas, llama a Shady Pines. El número está cosido en tu ropa. Te quiero, cariño.

—¿Mamá? —Tenía miedo.

—Puedes hacerlo. Ya lo has hecho antes, ¿cierto?

—Mami...

—Dime mamá. Ya no eres chiquito.

—Pero serán más inteligentes que yo...

—La inteligencia no tiene que ver con las calificaciones. Sigue intentándolo. Lo vas a lograr.

Él asintió y le dio un beso.

Salió del auto y se acercó a la escuela. Muchos niños ya se paseaban por ahí, saludándose por primera vez después de sus vacaciones de verano. Unos gemelos se empujaban, se daban de codazos y reían. El más pequeño tenía un parche en el ojo. Dos niñas se rasaban por la comezón de sus uniformes nuevos. Una de ellas estaba peinada con dos coletas. Cuando los niños vieron a Christopher, dejaron lo que estaban haciendo y lo observaron como siempre

que llegaba a un lugar desconocido. Él era la cosa nueva y reluciente en el aparador.

—Hola —dijo. Y ellos le respondieron moviendo la cabeza a manera de saludo como hacían todos los niños. Callados y desconfiados al principio. Como cualquier manada.

Christopher se fue a toda prisa a su salón y se sentó casi al fondo. Sabía que no debía sentarse al frente porque eso mostraba debilidad. «No hay que confundir la amabilidad con la debilidad», decía su madre. Quizá eso tenía sentido en el mundo de los adultos.

En el de los niños no.

—Ese es mi lugar, animal.

Christopher levantó la vista y se encontró con un chico de segundo con suéter y peinado de niño rico. Pronto se enteraría de que se llamaba Brady Collins. Pero en ese momento solo era el chico que estaba enojado porque él no conocía las reglas.

—¿Qué?

—Estás en mi lugar, animal.

—Oh. De acuerdo. Perdón.

Christopher sabía cómo era eso, así que simplemente se levantó.

—Ni siquiera peleaste. Qué animal.

—Y miren sus pantalones. Le quedan tan cortos que se le ven los calcetines —dijo una chica.

Más tarde, cuando la maestra pasó lista, Christopher escuchó su nombre: Jenny Hertzog. Pero, en ese momento, solo era una niña flaca, prognata y con un curita en la rodilla.

—¡Charcos! ¡Charcos! —decía.

A Christopher se le enrojaron las orejas y rápidamente se pasó al único asiento que quedaba libre. Justo frente al escritorio de la maestra. Se miró los pantalones y se dio cuenta de que seguramente había crecido, pues le quedaban como los de Alfalfa en *La Pandilla*. Intentó jalárselos hacia abajo, pero la mezclilla no cedía.

—Niños y niñas, perdón por el retraso —dijo su maestra mientras entraba a toda prisa al salón.

La señorita Lasko era mayor, como una mamá, pero se vestía como si aún fuera adolescente. Llevaba falda corta, el cabello rubio

al estilo de *La novicia rebelde* y el delineado de ojos más grueso que Christopher hubiera visto fuera de un circo. Rápidamente acomodó su termo sobre el escritorio con un golpe seco y escribió su nombre en el pizarrón con una caligrafía perfecta.

Señorita Lasko

—Oye —susurró una voz.

Christopher volteó y vio a un chico gordo. Por alguna razón que no lograba descifrar, el niño estaba comiendo tocino.

—¿Sí? —le respondió, susurrando.

—No les hagas caso a Jenny y Brady. Son unos idiotas. ¿De acuerdo?

—Gracias —dijo Christopher.

—¿Quieres tocino?

—No durante la clase.

—Como quieras —replicó el chico y siguió comiendo.

Como pasa en el mundo de los niños, así fue como Christopher sustituyó a Lenny Cordisco con un nuevo mejor amigo. Resultó que Edward Charles Anderson estaba en su clase de Refuerzo para la Lectura, además de que tenían el mismo horario de descanso y de Educación Física, y demostró ser tan malo para leer como para el *kickball*. Christopher le decía Eddie, pero todos los demás lo llamaban por su apodo.

Special Ed.

Durante las siguientes dos semanas, Christopher y Special Ed se volvieron inseparables. Todos los días comían juntos el almuerzo en la cafetería (te cambio mi sándwich). Iban a su clase de Refuerzo para la Lectura con la dulce y anciana bibliotecaria, la señora Henderson, y su títere Dewey, el delfín. Reprobaban juntos los exámenes de matemáticas. Incluso iban a la misma catequesis dos noches a la semana.

Special Ed decía que los niños católicos tenían que ir a catequesis por una razón: prepararse para lo que sería el Infierno. Marc Pierce era judío y le preguntó qué significaban las siglas con las que se referían a la catequesis, CDC.

—Compañeros De Caca. —Esa fue la hilarante respuesta de Special Ed.

Christopher no sabía realmente qué significaba CDC, pero mucho tiempo atrás aprendió a no quejarse de eso. Una vez, en Michigan, se escondió entre los arbustos para no tener que ir. Su madre gritó su nombre una y otra vez. Y luego se enojó muchísimo.

—Christopher Michael Reese, ven para acá DE INMEDIATO.

Usó sus tres nombres. Y, cuando hacía eso, ya no quedaba más opción. Tenías que ir. Fin. Perdiste. Con una expresión pétrea, le explicó que su padre era católico y que se prometió a sí misma que su hijo también sería criado como católico, para que tuviera alguna conexión con su padre además de la foto de Navidad.

Christopher se quiso morir.

Cuando iban a casa esa noche, pensó en su papá leyendo la Biblia. Probablemente no se le revolían las letras como a él. Proba-

blemente era mucho más inteligente porque así eran los padres. Mucho más. Así que Christopher se prometió que aprendería a leer y descubriría qué significan las palabras de la Biblia para tener otra manera de estar más cerca de su papá, además del recuerdo del aroma a tabaco en su camisa.

Para elegir a qué iglesia asistir, la madre de Christopher siempre usaba la estrategia de la Guerra Fría del presidente favorito de su abuela, Ronald Reagan. Confía, pero verifica. Así fue como encontró la iglesia de St. Joseph en Mill Grove. El padre Tom acababa de salir del seminario. No tenía ningún escándalo. No había estado en otra parroquia. El padre Tom estaba bien. Era un buen hombre. Y Christopher necesitaba buenos hombres en su vida.

Pero, en cuanto a la fe de su madre, no importaba quién fuera el sacerdote. O qué tan bellas fueran sus misas. Ni la música. Su fe murió en aquella bañera junto a su esposo. Claro que, al mirar a su hijo, comprendía por qué la gente cree en Dios. Pero en la iglesia no escuchaba Su palabra. Lo único que oía eran los susurros y cuchicheos de esas buenas católicas que la veían como una madre trabajadora (o sea, como basura).

Especialmente la señora Collins.

Kathleen Collins era pura perfección. Desde su cabello café bien recogido, pasando por su traje elegante, hasta su amable aceptación de «esa gente» que Jesús realmente amaría. La familia Collins siempre se sentaba al frente. La familia Collins siempre era la primera en la fila para la Sagrada Comunión. Y si a su esposo se le desacomodaba un cabello, su dedo aparecía de inmediato para ponerlo en su lugar como la garra de un cuervo con una bella manicura.

Y en cuanto a su hijo Brady, pues de tal palo tal astilla.

Si la madre de Christopher solo tuviera que lidiar con la señora Collins los domingos, habría sido tolerable. Pero su esposo era un desarrollador de bienes raíces, dueño de medio Mill Grove, incluyendo Shady Pines, la casa de retiro en la que ella trabajaba. Puso a su esposa a cargo de ese lugar. La señora Collins aseguraba que

tomó ese puesto para «contribuir a la comunidad». Pero lo que realmente significaba era que eso le permitía gritarles al personal y a los voluntarios para asegurarse de que su propia madre anciana, que sufría de Alzheimer, recibiera los mejores cuidados posibles. La mejor habitación. La mejor comida. Lo mejor de todo. La madre de Christopher había viajado lo suficiente para saber que Mill Grove era un pequeño estanque. Pero para la familia Collins bien podría ser el océano Pacífico.

—¿En qué estás pensando, mamá? —susurró Christopher.

—En nada, cariño. Pon atención —dijo.

Justo antes de que el padre Tom convirtiera el vino en sangre con unas cuantas palabras bien elegidas, les dijo a sus feligreses que Jesús los amaba a todos, desde Adán y Eva. Esto hizo que Special Ed comenzara a cantar la cancioncilla del restaurante Chili's.

—*I want my baby back baby back baby back! Adam's baby back ribs!*

Esto se ganó unas carcajadas estruendosas, especialmente de parte de los papás de Special Ed.

—Muy buena, Eddie. ¡Qué listo es mi bebé! —dijo su madre, sacudiendo sus brazos rollizos.

El padre Tom y la maestra de catequesis, la señora Radcliffe, suspiraron como si se hubieran dado cuenta de que la disciplina de Special Ed quedaba por completo en sus manos.

—La primera comunión va a ser genial —dijo Special Ed en el estacionamiento después de la misa—. Nos darán dinero y hasta podremos tomar vino.

—¿En serio? —preguntó Christopher—. ¿Eso es cierto, mamá?

—Es parte de la comunión. Pero será jugo de uva —respondió.

—No importa. Puedo tomar vino en mi casa. Adiós, señora Reese —dijo Special Ed antes de irse hacia la mesa en la que sus padres estaban vendiendo postres.

De camino a casa, Christopher pensó en la misa. En que Jesús amaba a todos. Hasta a los malos. Como Jenny Hertzog y Brad Collins.

Y Jerry. Le pareció algo increíble porque él no podría amar a alguien como Jerry. Pero lo intentaría, porque eso es lo que debes hacer.

Cuando volvieron al motel, le sujetó la puerta abierta a su madre, quien le sonrió y le dijo que era un caballero. Y al levantar la vista antes de entrar, la vio. Flotando por ahí. Y cuando una estrella fugaz pasó por donde estaba la nube, pareció como si hubiera guiñado un ojo.

El rostro de nube.

Normalmente, Christopher no hubiera pensado mucho al respecto. Las nubes eran normales. Pero todos los días, cuando su mamá lo llevaba a la escuela, cada vez que pasaban por el bosque de la calle Mission por la tarde, cuando iban a catequesis, el rostro de nube estaba ahí.

Y siempre era la misma cara.

A veces grande, a veces pequeña. Una vez estaba escondida detrás de las otras figuras en las nubes. Un martillo o un perro o una mancha de tinta como las que un hombre le enseñó después de que su padre se ahogó accidentalmente en la tina. Siempre estaba ahí. Ni mujer ni hombre, solo un bello rostro hecho de nubes.

Y Christopher podría jurar que lo estaba mirando.

Se lo habría contado a su madre, pero ella tenía suficientes preocupaciones respecto a él. Podía soportar que su mamá pensara que era tonto, pero no se arriesgaría a que pensara que estaba loco.

No como su papá.

Las lluvias comenzaron el viernes.

El trueno despertó a Christopher de una pesadilla. El sueño fue tan aterrador que de inmediato lo olvidó, pero se quedó con la sensación. Como si alguien estuviera detrás de su oreja, haciéndole cosquillas. Echó un vistazo a la habitación del motel. El letrero neón de la lavandería hacía parpadear las cortinas del frente.

Pero no había nadie.

Miró el reloj que estaba junto a su madre, dormida en la otra cama individual. Decía que eran las 2:17 a. m. Intentó volver a dormir, pero por alguna razón no pudo. Así que solo se quedó ahí, con los ojos cerrados y la mente dando vueltas.

Y escuchando el golpeteo de la lluvia.

Llovía tanto que no podía descifrar de dónde venía. Se le ocurrió que podría secar los océanos.

—¡Charcos! ¡Miren sus pantalones! ¡Charcos! ¡Charcos!

Las palabras le llegaron y su estómago se hizo un nudo. En unas cuantas horas volvería a la escuela. La escuela implicaba ir al salón. Y el salón implicaba...

A Jenny Hertzog y Brady Collins.

Lo esperaban cada mañana. Jenny para decirle cosas y Brady para pelear con él. Christopher sabía que su mamá no quería que se peleara con nadie. Siempre le decía que él no se iba a convertir en un rufián violento como los hombres de su familia. Ni siquiera lo dejaba tener pistolas de juguete.

—¿Por qué no? —preguntó Special Ed a la hora del almuerzo.

—Porque mi mamá es *pacifista* —dijo Christopher.

—¿No quieres decir pacifista? —respondió Special Ed.

—Sí. Eso. Pacifista. ¿Por qué conoces esa palabra?

—Porque mi papá los odia.

Por eso, Christopher ponía la otra mejilla y Jenny Hertzog estaba ahí, esperándolo para burlarse de él y de los otros chicos en la clase para tontos. Su mamá le pediría que no dijera tontos. Nunca digas tontos. Pero al final de cuentas no importaba. Estaba en la clase de los tontos y Jenny era especialmente cruel con los estudiantes tontos. A Eddie le decía Special Ed. A Matt le puso Perico Pirata por su parche en el ojo. Su hermano gemelo, Mike, era el mejor atleta de la escuela, pero a Jenny le gustaba decirle Mike Dos Mamás o Mike Machorras, dependiendo de su estado de ánimo, porque los gemelos tenían dos mamás y ningún papá. Pero Christopher era el chico nuevo, así que le tocaba lo peor. Cada clase en el salón comenzaba con Jenny Hertzog señalando sus pantalones y canturreando:

—¡Charcos! ¡Charcos!

Era tan horrible que Christopher le pidió nuevos pantalones a su mamá, pero cuando vio en su rostro que no podía pagarlos, fingió que estaba bromeando. Luego, durante el descanso, le decía a la señora de la cafetería que no quería leche para poder guardar diario sus cincuenta centavos y comprarse unos pantalones. Christopher ya tenía 3.50 ahorrados.

Pero no estaba seguro de cuánto costaban los pantalones.

Fue a preguntarle a la señorita Lasko, pero ella tenía los ojos rojos y el aliento le olía igual que a Jerry después de una noche en el bar. Así que esperó hasta que terminaran las clases y fue a buscar a la dulce y anciana señora Henderson.

La señora Henderson era callada como un ratón, demasiado incluso para una bibliotecaria. Estaba casada con el maestro de Ciencias, el señor Henderson. Su nombre de pila era Henry. A Christopher le parecía raro que los maestros tuvieran nombres de pila, pero lo aceptaba. Henry Henderson.

Cuántas «E».

Cuando Christopher le preguntó a la señora Henderson el precio de los pantalones, ella le dijo que podían usar la computadora

para averiguarlo. La mamá de Christopher no tenía una, así que eso era fantástico. Entraron a internet y buscaron la palabra pantalones. Revisaron todas las tiendas y vio que las cosas costaban mucho dinero: \$18.50 por unos pantalones en JCPenney.

—¿Cuántos cincuenta centavos es eso? —le preguntó a la señora Henderson.

—No lo sé. ¿Cuántos? —dijo ella.

Christopher era casi tan malo para las matemáticas como para leer, pero, como buena maestra, en vez de darle la respuesta, la señora Henderson le dio un lápiz y una hoja, y le dijo que lo averiguara. Volvería en un rato para ver cómo iba. Así que él se quedó ahí, sumando de cincuenta en cincuenta centavos. Dos días son cien centavos. Eso es un dólar. Tres días son ciento cincuenta centavos. Eso es un dólar y cincuenta centavos. Con siete dólares en su alcancía, podría...

hola

Christopher miró la computadora, que hizo un ruidito. Y en la esquina izquierda apareció una ventana que decía MENSAJE INSTANTÁNEO. Aunque sabía que eso significaba mensaje instantáneo. Alguien le estaba escribiendo.

hola

Buscó a la señora Henderson, pero no la encontró por ninguna parte. Estaba solo. Miró de nuevo la pantalla. El cursor parpadeaba y parpadeaba. Sabía que no debería hablar con extraños. Pero eso no era exactamente hablar, así que dio un toquecito con el cursor en su mano derecha. Toque, toque.

«Hola», escribió Christopher.

¿quién eres?

«Christopher».

hola, christopher. un gusto conocerte. ¿dónde estás?

«Etsoy ne la bliblioteca».

tienes problemas con las letras, ¿verdad? ¿en qué biblioteca?

«En la ecsuela».

¿a cuál escuela vas? no me digas. a la primaria de mill grove, ¿no?

«Como supsite?».

adiviné. ¿te gusta la escuela?

«Esta bein».

¿a qué hora sales hoy?

Christopher se detuvo. Algo estaba mal.

«Quién eres?», escribió.

Silencio. El cursor parpadeaba.

«Quién eres?», escribió de nuevo.

Silencio otra vez. Christopher observó el cursor parpadear y parpadear. El aire estaba silencioso y quieto. Pero podía sentir algo, cierta tensión. Como cuando te quedas demasiado tiempo bajo las cobijas.

—¿Hola? —le preguntó Christopher a la biblioteca vacía.

Echó un vistazo a las estanterías. Pensó que alguien podría estar escondido. Comenzó a sentir pánico. Parecido a cuando estaba en Michigan y Jerry volvía del bar de malas.

—¿Hola? —repitió—. ¿Quién anda ahí?

Sintió un cosquilleo en la nuca. Como cuando su mamá le daba un beso de buenas noches. Un susurro sin palabras. Escuchó un pitido en la computadora. Volteó. Vio la respuesta de la persona.

un amigo

Cuando la señora Henderson volvió, la pantalla se puso en blanco. La anciana miró sus cuentas y le dijo que debería pedirle ayuda a la señorita Lasko. Mientras tanto, le dio tres libros para ayudarlo con su lectura durante el fin de semana. Uno era viejo y con muchas palabras. Los otros dos eran divertidos. *Bad Cat se come la Z* y *Snoopy*. Snoopy no era tan bueno como Bad Cat. Pero, aun así, Snoopy era genial. Especialmente con su primo Spike, de Needles. Qué palabra. Needles.

Tantas «E».

Cuando sonó la campana, la señora Henderson lo acompañó hasta el estacionamiento. Él se despidió agitando una mano, y ella y su esposo se fueron a su vieja minivan. La señorita Lasko se metió a su auto deportivo rojo cereza, que debió haberle costado un millón de leches de cincuenta centavos. Uno por uno, todos los maestros se fueron. También los estudiantes. Los gemelos, Perico

Pirata y Mike Dos Mamás, se lanzaban su pelotita de futbol mientras se subían al autobús de la escuela. Special Ed le lanzó una trompetilla desde el camión, lo que hizo sonreír a Christopher. Luego salió el último transporte y no quedó nadie más. Christopher miró a su alrededor buscando al guardia de seguridad.

Pero no estaba.

Y Christopher estaba solo.

Se sentó en una banquita y esperó en el estacionamiento a que su madre lo recogiera para el viernes de películas. Intentó pensar en eso en vez de en la mala sensación que tenía. Esa sensación de que estaba en peligro. Estaba nervioso ahí afuera y solo quería que su mamá llegara temprano.

¿Dónde estaba?

El trueno estalló. Christopher miró su examen de Matemáticas. 4 de 10. Tenía que esforzarse más. Tomó el primer libro. *Jardín de versos para niños*. Era viejo. Algo polvoso. Sintió cómo el lomo crujió un poco. El cuero de las pastas olía casi como un guante de beisbol. En la portada había un nombre escrito con lápiz.

D. Olson

Pasó las páginas hasta encontrar una imagen que le gustó. Luego se acomodó y comenzó a leer. Las palabras estaban revueltas.

En lo atlo del cerzeo

¿Quéin terpará sion yo?

De pronto, una sombra pasó sobre la página. Christopher levantó la vista y la vio allá arriba, bloqueando la luz.

Era el rostro de nube.

Enorme como el cielo.

Christopher cerró el libro. Las aves callaron y el aire se enfrió. Aunque fuera septiembre. Miró a su alrededor para ver si alguien lo estaba observando, pero el guardia de seguridad seguía sin aparecer, así que volvió a ver el rostro de nube.

—¿Hola? ¿Me escuchas? —preguntó.

En la distancia se oyó un rugido bajo. Un trueno.

Christopher sabía que podía ser una coincidencia. Tal vez era mal estudiante, pero era un niño inteligente.

—Si puedes escucharme, guiña el ojo izquierdo.

Lentamente, la nube guiñó el ojo izquierdo.

Christopher se quedó en silencio, asustado por un momento. Sabía que no estaba bien, que no era normal. Pero era fantástico. Un avión pasó volando e hizo que el rostro de nube cambiara y sonriera como el gato de Cheshire.

—¿Puedes hacer que llueva cuando te lo pido?

Antes de que dijera la última palabra, comenzaron a caer cortinas de lluvia sobre el estacionamiento.

—¿Y detenerla?

La lluvia se detuvo. Christopher sonrió. Le pareció gracioso. El rostro de nube debió entender que se estaba riendo, porque comenzó a llover. Y luego se detuvo. Y luego llovió. Y luego se detuvo. Christopher se rio con carcajadas de Bad Cat.

—Basta. ¡Vas a arruinar mi uniforme!

La lluvia se detuvo. Pero cuando Christopher levantó la vista, la nube comenzó a alejarse, dejándolo solo de nuevo.

—¡Espera! —gritó Christopher—. ¡Vuelve!

La nube se fue por encima de las colinas. Christopher sabía que no debía hacerlo, pero no se pudo contener y comenzó a seguirla.

—¡Espera! ¿Adónde vas?

No había ningún sonido, solo cortinas de lluvia. Pero, de algún modo, no tocaban a Christopher. El ojo de la tormenta lo protegía. Aunque sus tenis estaban empapados por la calle mojada, su sudadera roja seguía seca.

—¡No te vayas, por favor! —gritó.

Pero el rostro de nube siguió alejándose por el camino, hacia la cancha de beisbol, soltando lluvia sobre la arcilla pastosa. Lágrimas de tierra. Siguió por la autopista, donde los coches sonaban sus bocinas y derrapaban por la lluvia. Hacia otro vecindario con calles y casas que él no reconoció. Hays Road. Casa. Monterey.

El rostro de nube pasó encima de una cerca y flotó sobre un jardín. Christopher al fin se detuvo frente a un enorme letrero me-

tálico cerca de un farol. Le tomó un largo rato descifrar las palabras, pero al fin concluyó que decían:

COMPAÑÍA CONSTRUCTORA COLLINS
PROYECTO DEL BOSQUE DE LA CALLE MISSION
PROHIBIDO EL PASO

—Ya no puedo seguirte. ¡Me voy a meter en problemas! —le gritó.

El rostro de nube se detuvo por un momento y luego se fue. Lejos, más allá de la cerca.

Christopher no sabía qué hacer. Miró a su alrededor. Vio que nadie lo observaba. Sabía que estaba mal. Sabía que no debía hacerlo. Pero pasó por debajo de la cerca. Su sudadera roja se atoró, y cuando logró soltarla, se incorporó en el terreno, cubierto de pasto mojado, lodo y lluvia. Levantó la vista, maravillado.

La nube era ENORME.

La sonrisa era de DIENTES.

Una sonrisa FELIZ.

Christopher sonrió cuando sonaron los truenos.

Y siguió al rostro de nube.

Más allá del callejón.

Por el camino.

Al interior del bosque de la calle Mission.

Christopher levantó la vista. Ya no podía ver el rostro de nube. Así de densos eran los árboles. Aún podía escuchar la lluvia, pero no caía ni una sola gota a la tierra. El suelo todavía estaba seco. Resquebrajado como piel vieja. Era como si los árboles fueran un enorme paraguas. Un paraguas que mantenía algo a salvo.

Christopher

Se dio la vuelta y los vellos de su nuca se erizaron.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Le respondieron el silencio y una respiración leve y superficial. Tal vez había sido el viento. Pero había algo ahí. Christopher podía sentirlo. Como cuando sabes que alguien te está observando. Tal como supo que Jerry era un hombre malo mucho antes de que su madre lo supiera.

Escuchó un paso.

Se dio la vuelta, solo era una piña que cayó de un árbol. Tuc tuc tuc. Rodó por el suelo y se detuvo en

El camino.

El camino estaba cubierto de agujas de pino. Y unas cuantas ramas torcidas. Pero no había duda. Era un camino en la tierra que años de bicicletas y caminatas y carreras habían abierto. De niños que tomaban un atajo al otro lado del pueblo. Pero ahora parecía abandonado. Como si la cerca de la construcción hubiera mantenido a los niños alejados por meses. Quizá incluso años. No había ni un par de huellas frescas.

Salvo unas.

Podía ver la marca de unos zapatos en la tierra. Christopher se

acercó y puso sus pequeños tenis junto a ellas. Eran más o menos del mismo tamaño.

Eran las huellas de un niño.

Y fue entonces cuando escuchó a un niño llorando.

Christopher echó un vistazo al camino y vio que las huellas del niño seguían y seguían. El sonido provenía de esa dirección. A lo lejos, en la distancia.

—Hola. ¿Estás bien? —gritó Christopher.

El llanto se volvió más intenso.

Christopher sintió una presión en el pecho y una voz en su interior le dijo que se diera la vuelta, volviera a la escuela y esperara a su madre. Pero el niño estaba en problemas, así que ignoró su miedo y siguió las huellas. Lentamente al principio. Con cuidado. Fue hacia un viejo arroyo con un puente de madera. Las huellas entraban al agua y salían al otro lado. Ahora eran lodosas. El niño debía estar cerca.

Ayúdame.

¿Era una voz? ¿Era el viento? Christopher aceleró el paso. Las huellas del niño lo llevaron junto a un tronco viejo y hueco que estaba tallado como una enorme canoa. Christopher miró al frente. No vio a nadie. La voz debió ser el viento. No tenía sentido, pero no había otra explicación, porque no veía nada.

Salvo la luz.

La luz a lo lejos, en el camino. Brillante y azul. El lugar de donde venía el llanto. Christopher comenzó a caminar hacia ella, para ayudar al niño. Con cada paso, la luz crecía más y más. Y el espacio bajo los árboles se ensanchaba. Pronto ya no hubo árboles sobre su cabeza.

Christopher había llegado al claro.

Estaba a la mitad del bosque. Un círculo perfecto de tierra cubierta de pasto. Ya no había árboles y podía ver el cielo. Pero algo andaba mal. Había entrado al bosque hacía unos minutos, cuando era de día, pero ya era de noche. El cielo estaba negro. Y las estrellas brillaban mucho más de lo usual. Casi como fuegos artificiales. La luna era tan grande que iluminaba todo el claro. Una luna azul.

—¿Hola? —gritó Christopher.

Silencio. Ni llanto ni viento ni voz. Christopher observó el claro y no vio más que el camino de huellas que llevaban al

Árbol.

Estaba al centro del claro. Torcido como la mano artrítica de un anciano. Salía de la tierra como si intentara arrancarle un pájaro al cielo. Christopher no pudo contenerse. Siguió las huellas. Fue hacia el árbol y lo tocó. Pero no se sentía como corteza o madera.

Se sentía como carne.

Se alejó de un salto. De pronto la percibió. La horrible sensación de que eso estaba mal. Todo estaba mal. No debía estar ahí. Bajó la vista buscando el camino. Tenía que salir de ahí. Su mamá estaría muy preocupada. Encontró el camino. Vio las huellas del niño. Pero había algo distinto.

Junto a ellas había unas huellas de manos.

Como si el niño anduviera a gatas.

¡Crac!

Christopher se dio la vuelta. Algo había pisado una rama. Podía escuchar que las criaturas a su alrededor empezaban a despertar. Rodeaban todo el claro. Christopher ni lo pensó. Se echó a correr. Siguió el camino para salir. Llegó a la orilla del claro y entró en el bosque, pero en cuanto puso un pie donde estaban los árboles, se detuvo.

El camino había desaparecido.

Lo buscó por todas partes, pero el cielo estaba cada vez más negro. Las nubes cubrían las estrellas. Y la luna brillaba por debajo del rostro de nube como el ojo bueno de un pirata.

—¡Ayúdame! —le gritó al rostro de nube.

Pero el viento sopló y la nube, cual sábana, cubrió a la luna. Christopher ya no podía ver nada. *Ay, Dios mío, por favor.* Cayó de rodillas y comenzó a rebuscar entre las agujas de pino. Desesperado. Buscando el camino. Las agujas se le clavaban en las palmas.

Una vez más escuchó al niño.

Pero no estaba llorando.

Se estaba riendo.

Christopher encontró el camino con sus manos y comenzó a recorrerlo a gatas. *¡Sal de aquí! ¡Rápido!* Eso era lo único que pensaba. *¡Más rápido!*

Las risitas estaban más cerca.

Christopher comenzó a correr. Se movió tan rápido que perdió el camino. Corrió en la oscuridad. Más allá de los árboles. Sus piernas cedieron al encontrarse con el arroyo. Al cruzar el puente. Se cayó y se raspó una rodilla. Pero no le importó. Siguió corriendo. A toda velocidad. Vio la luz más adelante. Eso era. Lo sabía. El farol de la calle. De algún modo había logrado encontrar la calle.

Las risitas estaban justo detrás de él.

Christopher corrió con más fuerzas hacia la calle. Hacia la luz. Corrió bajo el abrigo del último árbol. Y se detuvo al darse cuenta de que no estaba en la calle.

Sino en el claro de nuevo.

La luz no era el farol.

Era la luna.

Miró a su alrededor y sintió cosas que lo observaban. Criaturas y animales con los ojos brillantes. Rodeando el claro. La risa estaba más cerca. Era más fuerte. Christopher estaba rodeado. Tenía que salir de ahí. Encontrar una salida. Cualquier salida.

Corrió hacia el árbol.

Comenzó a trepar. El árbol se sentía como piel bajo sus manos. Como si estuviera trepando brazos en vez de ramas. Pero ignoró esa sensación. Necesitaba subir más para encontrar una salida. Cuando llegó a la mitad del árbol, las nubes se abrieron. La luna resplandeció sobre el claro.

Y Christopher lo vio.

Al otro lado del claro. Escondido detrás de las hojas y los arbustos. Parecía la boca de una cueva. Pero no era una cueva. Era un túnel. Hecho por el hombre. Con marco de madera. Atravesado por unos rieles viejos de tren. Christopher comprendió lo que eso significaba. Los rieles de tren llevan a estaciones que conducen a pueblos.

¡Podía salir!

Bajó por los brazos del árbol. Llegó al suelo. Sintió una presencia en el bosque. Los ojos puestos sobre él. Esperando a que hiciera algún movimiento.

Christopher corrió.

Con todas sus fuerzas. A toda velocidad. Sentía a las criaturas detrás de él, pero no podía verlas. Llegó a la boca y se asomó al túnel. Las vías lo recorrían como un espinazo oxidado. Vio el brillo de la luna al otro lado. ¡Una salida!

Entró corriendo al túnel. El marco de madera sostenía las paredes y el techo como el costillar de una ballena. Pero la madera era vieja. Estaba deteriorada y podrida. Y el túnel no era lo suficientemente ancho para que un tren lo cruzara. ¿Qué era ese lugar? ¿Un puente cubierto? ¿Una cloaca? ¿Una cueva?

Una mina.

La palabra le cayó como un balde de agua. Una mina de carbón de Pensilvania. Vio una película al respecto en la escuela. Los mineros usaban carretas y vías para extraer tierra inflamable. Siguió corriendo. Directo hacia la luz de luna al otro lado. Iba mirando las vías para saber por dónde pisar. Fue entonces cuando vio que las huellas del niño habían vuelto. Y también las risas. Justo detrás de él.

El brillo de la luna se atenuó mientras las nubes jugaban a las escondidas. El mundo se volvió negro. Christopher buscó a tientas en la oscuridad, intentando encontrar paredes para guiarse hasta la salida. Sus pies iban raspando las vías mientras toqueteaba todo como un ciego. Y al fin encontró algo. Al fin tocó algo en la oscuridad.

La mano de un niño.

No

se

supo

nada

de

Christopher

en

seis

días.